

Sarah Hale “Prejuicios”*

*¿Qué te ha sucedido? ¿En tus ojos huecos
Y mejillas sin color, y en tu gesto inquieto,
La ira, la pena y la consciencia parecen en guerra
Para desolarte?*

(BYRON)

En uno de esos pequeños llanos que se pueden encontrar al recorrer la carretera empinada que va de Brattleboro a Bennington y cruza la Montaña Verde; allí, en 1820, había una pequeña vivienda solitaria habitada por una mujer cuyo nombre era Ranson.

Mrs. Ranson había sufrido extrañas vicisitudes en su suerte y se decía que sus problemas habían cambiado por completo su carácter. Ciertamente era que durante varios años había seguido un curso de conducta tan extraordinario como para provocar el asombro, la pena o la censura de todos sus conocidos. Muchos declaraban que sus peculiaridades eran exageraciones a fin de ganarse notoriedad, estas eran las mujeres; otros pensaban que estaba trastornada, estos eran en su mayoría hombres, y unas pocas personas benevolentes de ambos sexos apelaban a las penas de un espíritu quebrado y contrito que la indujo a renunciar al mundo adulator pero falso y buscar un refugio a sus aflicciones en una morada reclusa de las colinas.

Solo puedo dar un resumen de la historia de Mrs. Ranson. Aquellos que lamenten su brevedad (si existen lectores tan anticuados en esta era de “fragmentos y trozos” literarios), con la ayuda de un poco de imaginación, pueden fácilmente adornar estos hechos simples con todas las circunstancias complejas, descripciones encantadoras e interesantes coloquios de una extensa novela romántica. Me siento un tanto inclinada a intentar yo misma la hazaña. Si se desean obtener ganancias o fama, este modo abreviado de autoría no es más que una mala forma de gestión. En fabricar una novela de dos volúmenes, apenas se requiere un mayor esfuerzo *mental* que en escribir un buen boceto.

Isabelle Carrick había nacido en las Indias Occidentales.¹ Su madre murió pocos días después del nacimiento de la niña y, cuando tenía doce años, su padre, quien en el ínterin se había casado con una segunda esposa, la cual le dio un hijo. Con esa parcialidad mal juzgada que puede calificarse de una injusticia del tipo más cruel, porque desconcierta completamente la ley y a menudo se oculta bajo pretextos que impiden que la víctima reciba incluso compasión, Carrick le dio toda su propiedad, que era muy grande, a su hijo; solo estipulando que Isabelle debería ser educada y sostenida por su hermano hasta el matrimonio, y si alguna vez quedara viuda tendría derecho a una pensión de cien libras al año.

Cuando se conoció el contenido del testamento, los parientes maternos de Isabelle se enfurecieron mucho y le exigieron que renunciara al mismo. Su madrastra, que, según se creía, había influido en la voluntad de su marido, muy fácilmente consintió en declinar todo derecho sobre la huérfana sin dote; de esa manera se libró de la necesidad de educarla. Isabelle, en consecuencia, quedó a cargo de la familia de su tío Tolbert. Algunos disturbios que ocurrieron poco después entre la población esclava, volvieron desagradable la situación de Mr. Tolbert en Jamaica y decidió abandonar la isla. Su esposa era estadounidense y esa fue probablemente la razón que lo indujo a mudarse a Nueva York en vez de regresar a Inglaterra. Isabelle, ahora a la atractiva edad de

* De *Sketches of American Character* (1831). Traducción de Gabriel Matelo.

¹ Se refiere a las Indias Occidentales Británicas o Antillas Británicas (British West Indies), las islas y colonias continentales incluidas dentro del Mar Caribe y alrededor de él, que fueron parte del Imperio británico. Entre ellas las Bahamas, Barbados, Jamaica, Trinidad y Tobago, etc. [N del T]

dieciséis años, era una niña tan hermosa que su tío no dudó en establecerla ventajosamente en un país donde, aunque se supiera que ella carecía de dote, el matrimonio es asunto del corazón y no simplemente un cálculo de las ventajas pecuniarias. No obstante, Mr. Tolbert no tuvo intenciones de poner a prueba la sinceridad de aquellos que profesaban admirar a su sobrina. No tenía hijos, había adoptado a la huérfana y la había declarado su heredera y no es de extrañar que pronto fuera la estrella de la ciudad. Muchos expertos en los encantos femeninos declararon que Isabelle Carrick era perfecta en belleza. No hay un estándar de belleza personal, no puede haber ninguno; en nuestra estimación del rostro humano, los sentimientos del corazón tienen más influencia que las reglas del gusto; sin embargo, hay rostros tan peculiarmente fascinantes que la crítica y la comparación están fuera de debate. Si el espectador tiene un alma susceptible a esas impresiones divinas de lo bello que se hallan entre las características distintivas que demuestran que el hombre es superior a sus “hermanos en el polvo”, reconoce de inmediato el interés de tal semblante. Nunca el ojo humano observó una rosa, un arco iris o una estrella, y se apartó disgustado; y rara vez encontramos una persona que pueda mirar con perfecta indiferencia. Tal indolencia indicaría que la mente del hombre puede ser tan desagradable, si no tan peligrosa, como para no tener “ninguna música en el alma”, lo cual, según Shakespeare, es uno de los siete pecados capitales.

Pero a Isabelle Carrick nunca se la miró con indiferencia. Los hombres la alababan y admiraban; las mujeres también la elogiaban en voz alta como los hombres, pero me temo que había un poco de envidia o, al menos, un poco de refunfuño mezclado con sus sentimientos de admiración. Lo que hace que esta sospecha sea probable es que me han dicho que siempre concluían los elogios sobre su belleza diciendo que, para ser un espécimen del estilo de mujer de las Indias Occidentales, era perfecta; los hombres nunca ponían condiciones en sus panegíricos.

—Creo— dijo Miss Dutton —que a las mejillas de Isabelle les falta color. Tiene una tez fina y delicada y contrasta dulcemente con su profusión de rizos,

*Cuyo negro lustroso vergüenza le daría
Al plumaje del ala del cuervo*

Ahora bien, si sombrearan sus mejillas con un poquito de ‘rojo rosado celestial’, como ustedes aprecian, caballeros, ella tendría la apariencia de un ángel.—

—Pero probablemente recuerde— respondió Edwin Cone —que el ‘rojo rosado’ al que usted se refiere es impartido por el sonrojo, y las mejillas de Isabelle se visten de ese tinte al menor cumplido o emoción; un tinte que puede considerarse ‘celestial’ ya que procede de la delicadeza de la mente, del sentimiento, no depende de la salud jocosa y nunca necesita las reparaciones del arte.—

—Pero sus ojos, Edwin. ¿De verdad admira usted esos ojos negros? Son demasiado vivaces para mi gusto. Sé que los mahometanos celebran sus hurís de ojos oscuros, pero creo que los cristianos generalmente conectamos el hermoso color del cielo con la idea de los ojos de los ángeles.—

Edwin Cone era muy cortés. Vio que los ojos azules de su interlocutora brillaban con la expectativa de un cumplido. ¿Podría rehusarse un hombre galante? Con una reverencia y una sonrisa, declaró que sería profano comparar los ojos de los ángeles con algo que no fuera las estrellas, esas que siempre ponemos en *azul*; y que la más encantadora descripción del orbe visual de la mujer que él hubiera visto era:

*Ella tenía unos ojos,
Como cuando el cielo azul tiembla a través de una nube
Del blanco más puro.*

Al día siguiente, Isabelle Carrick se enteró que a Edwin Cone no le gustaban los ojos negros. Pero felizmente a su corazón no le interesaba en absoluto su juicio. Si John Ranson hubiera hecho tal declaración, probablemente se habría sentido muy desgraciada.

No hay tema en el que ancianos y jóvenes difieran más sustancialmente en su opinión que en las cualidades que garanticen de manera más probable la felicidad en el estado marital. Los ancianos se inclinan por el beneficio, los jóvenes se guían por el sentimiento. Quizás sería difícil decidir qué grupo queda más a menudo decepcionado. Las uniones contraídas igualmente por afecto y prudencia son sin duda las más felices; pero las heroínas no son muy diestras en considerar necesaria la prudencia. Al menos, cuando Isabelle Carrick se casó con John Ranson, en oposición a los deseos de su tío, no tuvo en cuenta su *beneficio*; y eso es ser imprudente, ¿no? Una respuesta a esa pregunta, debidamente discutida en todos sus aspectos, llenaría un volumen. Ojalá algún filósofo racionalmente moral, que haya hecho de esa cosa descarriada, el corazón humano, su objeto particular de estudio, escribiera un tratado sobre el tema.

Mr. Tolbert tenía verdaderas ideas aristocráticas inglesas acerca del amor y el matrimonio. —La devoción de los auténticos amantes— observaba —no tiene ninguna importancia, excepto ‘para adornar un relato’. Es entretenido leer sobre el amor en una novela, pero creer en su realidad, o en que es necesario un capricho particular para que las personas sean felices en el matrimonio, es tan absurdo como dar crédito a las historias de dragones y demonios, caballeros y nigromantes, personajes enaltecidos y castillos encantados y todo el *materiel* de los romances de caballería, de los cuales se han absorbido las insensatas ideas del amor. El matrimonio con mayor probabilidad de asegurar la felicidad de las partes contratantes debe fundarse, como cualquier otro negocio, en el interés mutuo; la unión debe conferir algún beneficio sustancial a cada uno; y entonces, el conocimiento de que su asociación es indisoluble, los induciría, si tienen sentido común, a tratarse mutuamente con agrado, que es toda la felicidad que debe esperarse.—

Isabelle Carrick había escuchado estos sentimientos de su tío expresados mil veces, e ilustrados con muchas anécdotas de parejas contentas, que se habían casado por interés, y parejas desgraciadas, que se habían casado por capricho; pero ella, al parecer, no se benefició mucho de estos sermones y lecciones tan sabios. Amaba a John Ranson, aunque su tío acusó al tal John de ser hijo de un hombre pobre y, además, culpable de verse obligado a ganarse la vida, a pesar de que su esfuerzo y dedicación lo hubieran llevado al puesto de socio menor en un establecimiento mercantil respetable. ¿Debería preferirse a un plebeyo antes que a Edwin Cone, cuyo padre, descendiente de una familia inglesa respetable, poseía una gran fortuna y daba las cenas más espléndidas de la ciudad?

Mr. Tolbert pensaba que carecía de importancia que Edward Cone fuera un despilfarrador licencioso y hubiera roto, al menos, un compromiso matrimonial. Sin embargo, no ordenó a su sobrina que aceptara a Edwin; solo dijo—puedes elegir, Isabelle. Si te casas con Mr. Cone, te daré diez mil libras el día de la boda y el resto de mi patrimonio a mi fallecimiento, pero si te casas con John Ranson, aunque te estuvieras muriendo de hambre a mis puertas, nunca te daré ni un chelín.—

Isabelle prefirió a John y, poco después, su tío abandonó furioso los Estados Unidos criticando las maneras y costumbres de esa gente y declarando que su sobrina nunca habría sido culpable de tal locura en un país donde se respetara el rango; que los principios de nivelación del republicanismo eran subversivos de todo refinamiento, y que, al gobernar a esa gente, evitaban con eficacia que las normas de la buena sociedad fueran entendidas y adoptadas.

—Son todos—dijo— una perfecta *canaille*² en su sensiblería; tanto, que la elección de Isabelle fue elogiada en algunos de los círculos más altos, porque, caramba, John Ranson es trabajador, emprendedor e inteligente. Puedo decir lo mismo de mi lacayo.—

Pasaron catorce años. Isabelle había medido el tiempo solo en la recurrencia de nuevas bendiciones y placeres y para ella la vida todavía parecía brillante; o, si aparecía una nube, siempre se expandía en un arcoíris. Aun era encantadora y amada; una tierna, experimentada y confiable

² Gente baja o ruin; granuja. [N del T]

amiga de su excelente esposo y la madre de un hermoso niño. ¡Qué mayor felicidad puede ofrecer el mundo! Pero, ¿por qué detenerse en la imagen?

*“Un día de felicidad se reconoce prontamente,
Miles de ellos no nos envejecen
Como lo hace uno de tristeza.
Por preocupaciones, por aflicciones y lágrimas,
Redondeamos la suma de los años.”*

El embargo que precedió a la última guerra estadounidense, ocasionó el primer revés de la fortuna.³ Mr. Ranson luchó valientemente para respaldar su crédito, porque sabía que el bienestar y el infortunio de aquellos a quienes quería más que a sí mismo dependían de su destino. Por un tiempo sus amigos lo mantuvieron a flote; pero comenzó la lucha entre naciones y, por tanto, mientras el destino de los ejércitos y la fama de la República estuvieran en peligro, ¿quién se condolería del sufrimiento individual y pecuniario? Pero Mr. Ranson pronto fue liberado de toda inquietud. Yendo de Albany a Boston, los caballos del carruaje en el que viajaba se desbocaron precipitándolo en un desfiladero profundo, donde murió instantáneamente.

Hasta entonces, aunque Mrs. Ranson había perdido o sido abandonada por todos sus parientes y, por injusticia y prejuicio, se la privara de la fortuna que en apariencia le estaba destinada; sin embargo, apenas podría decirse que había sufrido un revés. ¿Se puede llamar revés a lo que no se siente como una desgracia? Ni siquiera se había dado cuenta de la humillación de su esposo, que había trabajado arduamente para evitar que su familia sufriera privaciones. Pero ahora era viuda e indigente y los amigos de su prosperidad estaban tan conmocionados por sus desgracias y el consiguiente cambio en su apariencia y comportamiento, que llegaron a la conclusión unánime de que no deseaba el trato social; y eran demasiado educados para entrometerse en sus penas.

Los sufrimientos de Mrs. Ranson y el abandono de sus amigos de la ciudad, la indujeron a pedir ayuda a los parientes de su esposo, y esto finalmente condujo a un acuerdo por el cual ella consentía trasladarse con su hijo a un pequeño pueblo en la parte occidental de Massachusetts y residir con sus ancianos suegros.

Mrs. Ranson se encontraba ahora en una mala situación, quizás la más difícil y complicada de todas en el mundo para alguien de su carácter y educación. La ubicaron en una pequeña aldea rural chismosa donde el sistema de *espionage* era tan perfecto y tanto más hostigador para aquellos que no estaban acostumbrados a sus operaciones, como alguna vez lo fuera en París, cuando Fouché estuvo a cargo de la policía bajo las órdenes de Bonaparte.⁴

No es en las ciudades o entre los educados y a la moda de una comunidad que realmente se pueden descubrir las peculiaridades nacionales. Debemos ir a los pueblos remotos y los asentamientos dispersos en el interior de Nueva Inglaterra, si queremos descubrir el efecto, ya sea para bien o para mal, que la condición, principios, prácticas e instituciones de los puritanos han tenido sobre el carácter yanqui.⁵

³ Se refiere al enfrentamiento bélico entre Estados Unidos e Inglaterra (1812-1814), denominada *Guerra anglo-estadounidense de 1812*, en la que EE.UU. invadió el Alto Canadá a lo largo del río Niágara. [N del T]

⁴ Joseph Fouché (1759-1820) fue un estadista francés y ministro de policía bajo el primer cónsul Napoleón Bonaparte, quien más tarde se convirtió en el emperador Napoleón. Fue particularmente conocido por la ferocidad con la que reprimió la insurrección de Lyon durante la Revolución en 1793 y por ser ministro de policía bajo el Directorio, el Consulado y el Imperio. Fue una personalidad muy poderosa y de gran influencia en Francia, durante la tormentosa era política que vivió, siendo el fundador del espionaje moderno y el responsable de la consolidación del *Ministerio de Policía de Francia*, posteriormente denominado Ministerio de Interior, como una de las instituciones más avanzadas de la nación. [N del T]

⁵ El término *Yankee* tiene varios significados interrelacionados, todos referidos a personas de los Estados Unidos, dependiendo del contexto. Fuera de los Estados Unidos se usa informalmente para referirse a cualquier estadounidense, incluidos los sureños. En el sur de los Estados Unidos, es un término sarcástico que se refiere a todos

No todo ha sido para bien, pero nuestros enemigos nunca han descubierto la mayor falla. No es fisgoneo, ni desconsideración, ni egoísmo. Es *cálculo*, un profundo, frío y cuidadoso cálculo. Un yanqui (hablo de la mentalidad común) calcula su generosidad y compasión tan metódicamente como sus ingresos, y desperdiciarlas en un objeto no rentable o que no lo merece sería una tontería; incluso, algo malvado. El yanqui es caritativo pero por principios, no por sentimientos. Sin embargo, sin ser deficiente en calidez de corazón, el *deber*, su *deber* es siempre primordial en sus impulsos. Este es un excelente principio; el daño está en que “las cosas buenas echadas a perder se corrompen para peor”. Por tanto, su rígido cumplimiento del deber se vuelve, a menudo concienzudamente, la excusa para retener la ayuda a los necesitados, por temor a alentar su ociosidad, y entrometerse en las acciones más secretas y las penas sagradas de los afligidos, antes que compadecerse de sus pesares, no vaya a ser que aquellas sean merecidas o provocadas por ellos mismos.

Entonces, el yanqui, en sus cálculos, generalmente hace de su propia situación, conducta y principios, un modelo para los demás. Acostumbrado a trabajar él mismo, calcula que cada persona debe trabajar constantemente y estar obligada por su estrecho ingreso a practicar una rígida prudencia. Considera que un gasto manirroto es producto de una abundancia que se derrocha.

Fue entre esa gente tan escrupulosamente calculadora, que Mrs. Ranson se vio destinada a habitar y en ella se fijó la atención de toda la comunidad. Su apariencia, vestimenta, conversación, modales y principios, todos fueron distorsionados, escudriñados; incluso se conjeturaron sus pensamientos y sentimientos, y sus planes y perspectivas de futuro se hicieron objeto frecuente de ese tipo de conmiseración que parece proceder de la esperanza de que los males así conjurados se realicen plenamente, como los tenebrosos reyes de Banquo frunciendo el ceño en retrospectiva.

—¡Vaya!— dijo Mrs. Pratt, mientras se sentaba a la mesa de su vecino Dustin, donde regularmente tomaba el té todas las semanas. —Juro que nunca me sentí tan conmovida en mi vida. Mrs. Cutter la oyó decir eso.—

—¿Quién? ¿Qué?— preguntó Mr. Dustin.

—¡Santo Dios! Sr. Dustin, ¿no lo ha escuchado?— dijo Mrs. Pratt. —Bueno, juro que nunca quise mencionar la cuestión; no quisiera que se extienda entre la gente por todo el mundo, porque realmente creo que esa mujer lo hace tan bien como puede. ¡Sólo piense!, allá en las Indias Occidentales no pudo ser criada como cristiana. Debemos mostrar caridad con esas personas.—

—¡Ah!, está hablando de Mrs. Ranson, ya veo— dijo Mr. Dustin.

—Sí, acabo de contarle a su esposa, pero prometa nunca mencionarlo, o si lo hace, nunca diga que se lo conté yo, que Mrs. Ranson dice que cree que nuestras reuniones son muy aburridas y que prefiere leer sus oraciones en casa a escuchar la prédica de nuestro ministro. Y luego, ya que solían tener grandes cenas en la ciudad, siempre quiere un desfile para la cena. Me pregunto si cree que esa es la manera de santificar el día de reposo.—

—¿Me pregunto si hace algo?— dijo Mrs. Dustin.

—No; de hecho, no ella,— respondió Mrs. Pratt —pues tiene a su sirvienta negra; y tiene ese hijo, criado en la ociosidad; ese chico ya grande, de casi quince años, que viste volados todos los días y, dicen, nunca trabajó un día en su vida.—

los nortños, o específicamente a los de la región de Nueva Inglaterra. Según el *Oxford English Dictionary*, es “un apodo para el habitante de Nueva Inglaterra, o, más ampliamente, de los estados del norte en general”; durante la Guerra Civil estadounidense, fue “aplicado por los Confederados sureños a los soldados del ejército de la Unión nortña”. En otras partes de los Estados Unidos, se refiere en gran medida a habitantes de los estados del noreste, pero especialmente a aquellos con lazos culturales con Nueva Inglaterra y los descendientes de los colonizadores, dondequiera que vivan. Su sentido es a veces más cultural que geográfico, enfatizando las creencias y tradiciones cristianas puritanas calvinistas del Congregacionalismo que llevaron consigo cuando se establecieron en el interior del continente. [N del T]

—Me pregunto cómo cree que deban mantenerse— dijo Mr. Dustin. —El anciano Ranson tiene muy pocas propiedades y su esposa está muy mal. No pueden mantener una familia tan ociosa y cara.—

—Oh, ella no piensa en eso— respondió Mrs. Pratt.

—Esa gente pretenciosa nunca parece reparar en gastos. Nunca han calculado cómo ganarse la vida. Pero, antes de morir de hambre, me temo que tendrá que echar a su hijo y ponerse a trabajar ella misma.—

—Supongo que espera que la gente la ayude— dijo Mrs. Dustin. —Siempre hay que tener en cuenta a una viuda y un huérfano.—

—Supongo que sí, pero me temo que la pobre mujer estará decepcionada— dijo Mrs. Pratt. —Personas como nosotros que trabajamos tan duro no podemos sentir que es nuestro deber apoyar a una familia ociosa. Ella debería llevar ese chico a que le enseñen a trabajar y entonces él podría ayudar a mantenerla.—

—Dicen que se casó contra el consentimiento de su tío— dijo Mrs. Dustin. —No es de extrañar que no prospere. Si solo hubiera tratado de complacerlo, podría haber tenido todos sus bienes.—

—Me parece una mujer muy determinada a hacer las cosas a su manera y muy altiva— dijo Mrs. Pratt. —Fui a verla el día siguiente a que llegara porque pensé que era mi deber visitar a los desafortunados y a los extranjeros, y tenía la intención de estimarla, si podía, porque realmente sentí compasión; pero ella ni me notó y apenas habló mientras estuve allí. No puedo perder el tiempo en visitar personas tan orgullosas.—

Mrs. Ranson tenía una disposición amable y generosa pero era muy sensible, y su mente refinada y delicada, aunque doblegada por la aflicción, no estaba en lo más mínimo despojada de esos sentimientos de independencia y superioridad que las personas siempre acostumbradas a la riqueza y la humilde asistencia de los esclavos deben necesariamente absorber. Estaba conmovida por la aspereza de los aldeanos e irritada por lo que consideraba una insensible interferencia en sus preocupaciones privadas; pero, especialmente, la idea de que su hijo debería ser confinado al trabajo le era indignante, un ultraje a toda decencia que ella nunca podría perdonar.

Las dos partes pronto estuvieron completamente en desacuerdo y los aldeanos, a fuerza de quejas, si no de razones, como es habitual, salieron victoriosos. Convencieron al anciano Ranson de que su nieto John seguramente se arruinaría si no le enseñaban a trabajar. Pero el muchacho era tan tenaz con sus privilegios patricios como su madre y en lugar de ponerse la ropa cotidiana de un campesino, le rogó que le permitiera alistarse como soldado.

Tenía casi quince años y era alto para su edad, y en esa época los soldados eran tan necesarios que los oficiales no podían ser muy meticulosos en calificar a los reclutas. Fue una escena difícil para Mrs. Ranson, pero finalmente, el orgullo y los prejuicios de la mujer prevalecieron sobre la ternura y la aprensión de una madre. Sabía que su hijo estaría más expuesto al peligro con el mosquete, pero así escaparía de la contaminación de la pala. ¡El campo de gloria o el campo de maíz! ¿Podría una persona de su educación y sentimientos preferir lo último? Le permitiría irse a servir a su país y dejaría su destino en manos de ese Poder que cuida al huérfano. Podría humillarse ante Dios e interceder por su hijo, pero no podría soportar verlo degradado ante los hombres, como estimaba que lo sería, si trabajaba.

El muchacho se fue y pasaron algunas semanas antes de que un extraño llegara al pueblo y preguntara por Mrs. Ranson. Era un mensajero de los ejecutores de su tío Tolbert. El caballero, en su lecho de muerte, había legado su inmensa propiedad al hijo de Mrs. Ranson; pero aún deseando manifestar cierto disgusto por su sobrina, ordenó que si el chico moría antes de cumplir los dieciocho años, la herencia debía ir a un pariente lejano en Inglaterra. Después de ese período, si muriera sin herederos, la propiedad personal, que era muy considerable, sería de su madre. El

mensajero se apresuró con toda la velocidad posible a Buffalo, donde estaban estacionadas las tropas en las que servía el joven John Ranson, pero antes de su llegada, se había peleado la batalla de Chippewa y el valiente muchacho, que se destacara más de una vez en acción, fue contado entre los muertos.⁶

¡Quién imaginará el dolor de la madre! ¡Avivó por un corto tiempo la preocupación y consternación de los aldeanos! Sabían que habían sido sus quejas las que indujeron a Mrs. Ranson a enviar a su hijo lejos de ella, y se sintieron condenados. Aún así, la mayoría sostuvo pertinazmente que, a pesar de la riqueza que, de haber vivido, el niño habría heredado, sin embargo, solo si hubiera aprendido a trabajar habría sido excelente para él.

Es doloroso detenerse en las penas de los corazones desolados, pero aún es más doloroso presenciar la manera fría e insensible con que esas penas son tratadas a menudo por ignorantes y prejuiciosos. El pesar de los aldeanos fue de corta duración. Mrs. Pratt comenzó su ronda de visitas y cuando ya había bebido té con todas las familias principales del vecindario, lo que llevó alrededor de tres semanas, quedaron convencidos de que Mrs. Ranson no tenía nada por qué ser compadecida, que sus problemas no eran sino un justo castigo por su orgullo y obstinación y que sin duda fue una misericordia que su hijo muriera, ya que ahora ella no tendría dependencia terrenal y probablemente pronto adquiriría un sentido apropiado de sus locuras y vería entonces que todo había sido ordenado para mejor.

Pero hubo una familia benévola en el pueblo. Un hombre y una mujer que se compadecieron y ayudaron a Mrs. Ranson, sin censurarla. Indudablemente hubo otros de similar generosidad, pero estas personas fueron las únicas que ella reconocería como benefactoras. Al estar persuadidos de que el deber sanciona el curso a seguir, esa inflexible perseverancia en un propósito predilecto, que es tan característica de los yanquis, y Mrs. Ranson pensó tan inhumana cuando fue empleada para convencerla de que su hijo debía trabajar, al ser desplegada ante ella, descubrió que también era fanática. Mr. Lawrence era un comerciante, pero no encuadraba su humanidad según la regla de 'pérdida y ganancia'. Se enteró por el contenido del testamento del padre de Mrs. Ranson que, como viuda, tenía derecho a un centenar de libras por año, y nunca cesaron sus indagaciones y esfuerzos hasta que logró establecer un reclamo y proporcionar el pago regular de una pensión para ella. Le entregó los documentos en mano y le dijo que la única recompensa que deseaba por sus molestias era verla recuperar su tranquilidad. Pero aunque ella hizo justicia a la nobleza y humanidad de Mr. Lawrence, y amaba a su esposa como a una hermana, no pudo ser persuadida de regresar a la sociedad. El destino de su esposo e hijo, pero especialmente el último, hizo presa de su corazón y casi le abrumó el juicio. Sintió que había cedido a sus propios prejuicios cuando consintió que fuera a la guerra. La autoacusación la volvió desdichada. Culpó a la gente, es cierto, pero eso no produjo la expiación o justificó su propio error. Si hubiera habido un convento en el país, sin duda se habría dedicado a la penitencia de la vida monástica. Finalmente se alojó en una casa pequeña ubicada lo más cerca posible del lugar donde su esposo pereciera y allí residía en 1820, acompañada solo por su fiel negra que la había servido desde la infancia. Pálida y exhausta, pero aún hermosa, aparecía, como la describían los viajeros, vestida con sus trajes de duelo, deambulando entre las colinas solitarias, o sentada en los acantilados colgantes, como un espíritu enviado para advertirles de algún peligro en el camino. Fue víctima de los prejuicios. Pero recordemos que, aunque podamos sentirnos excesivamente fastidiados por los prejuicios ajenos, si logramos no rendirnos a la guía de los nuestros, nunca seremos totalmente desdichados.

⁶ La batalla de Chippewa fue un enfrentamiento de la Guerra entre Estados Unidos e Inglaterra (1812-1814). Ver nota 2. Se saldó con una victoria estadounidense, siendo la primera frente a los británicos con ejércitos en igualdad de condiciones. [N del T]

Sarah Hale “Prejudices”

From *Sketches of American Character* (1831)

*‘What hath come to thee? In thy hollow eye
And hueless cheek, and thine unquiet motions,
Anger, and grief, and conscience seem at war
To waste thee?’ -BYRON*

ON one of those small level spots, that may be found as you toil up the steep road which, running from Brattleboro to Bennington, crosses the Green Mountain, there stood, in 1820, a little lone tenement inhabited by a woman whose name was Ranson.

Mrs. Ranson had endured strange vicissitudes of fortune, and it was reported her troubles had entirely changed her character. Certain it was that she had for several years pursued a course of conduct so extraordinary as to excite either the wonder, pity, or censure of all her acquaintance. Many declared her singularities were affected to gain notoriety -these were women-others thought her deranged- these were mostly men-and a few benevolent people of both sexes urged the sorrows of a broken and contrite spirit had induced her to relinquish the flattering but false world, and seek a refuge from its vexations in her solitary abode on the hills.

I can only give an abstract of Mrs. Ranson’s story; those who regret its brevity, (if such old fashioned readers exist in this age of literary ‘shreds and patches,’) may easily, by the aid of a little imagination, invest these simple facts with all the complex circumstances, enchanting descriptions and interesting colloquies, of a long romance. I am half inclined to attempt the exploit myself. This short hand mode of authorship is but a poor way of managing, if one wishes to secure either profit or fame. To manufacture a two volumed novel, hardly requires more exertion of *mind*, than to write a good sketch.

Isabelle Carrick was a native of the West Indies. Her mother died a few days after the girl’s birth, and her father when she was twelve years old; but in the interim he had married a second wife, who bore him a boy. With that ill-judging partiality which may be termed injustice of the most cruel kind, because it completely baffles the law and often shrouds itself under pretexts that prevent the sufferer from receiving even sympathy, Mr. Carrick gave his whole property, which was very large, to his son; only stipulating that Isabelle should be educated and supported by her brother till her marriage, and should she ever become a widow, she was entitled to all annuity of one hundred pounds a year.

When the contents of the will became known, the maternal relations of Isabelle were highly incensed, and they demanded she should be given up to them. Her stepmother, who, it was believed, had influenced her husband’s will, very readily consented to relinquish all right over the portionless orphan; by that means she was freed from the necessity of educating her. Isabelle, accordingly, passed into the family of her uncle Tolbert. Some disturbances soon after occurring among the slave population, rendered Mr. Tolbert’s situation at Jamaica unpleasant, and he determined to leave the Island. His wife was an American, and that was probably the reason that induced him to remove to New York rather than return to England. Isabelle, now at the interesting age of sixteen, was such a beautiful girl that her uncle had no doubt of establishing her advantageously in a country where marriage was an affair of the heart and not merely a calculation -of pecuniary advantages, even though it were known she was portionless. Yet Mr. Tolbert did not intend thus to test the sincerity of those who professed to admire his niece. He had no children; he had adopted the orphan and declared her his heir, and it is no wonder she was soon the star of the city. Many connoisseurs in female charms pronounced Isabelle Carrick to be perfect in loveliness. There is no standard, there can be none of personal beauty; the feelings of the heart have more influence than rules of taste in our estimation of the human face—; yet there are countenances so peculiarly fascinating, that

criticism and comparison are out of the question. If the beholder has a soul susceptible of those divine impressions of the beautiful which are among the distinguishing characteristics that prove man superior to his –brothers of the clod,– he acknowledges at once the interest of such a countenance. No human eye ever regarded a rose, rainbow or star, and turned away disgusted; and seldom do we find a person that can gaze on either with perfect indifference. Such apathy would argue a man’s mind more disagreeable, if not as dangerous, as to have ‘no music in his soul’ which, according to Shakspeare, is one of the seven deadly sins.

But Isabelle Carrick was never regarded with indifference. The men praised and admired; the women praised too, as loudly as the men, but I fear there was a little envy or at least, a little repining mingled in their feelings of admiration. What makes this suspicion probable, I have been told that they always concluded their eulogy on her beauty by saying it was perfect, considered as a specimen of the West Indian style-the men never made a qualification in their panegyrics.

‘I think,’ said Miss Dutton, ‘that Isabelle’s cheek wants bloom. She has a fine, delicate complexion, and it contrasts sweetly with her profusion of curls,

*Whose glossy black to shame might bring
The plumage of the raven’s wing*

Now tinge her cheek with a little –celestial rosy red,– and she would be in appearance, what you gentlemen esteem her, an angel.’

‘But you probably recollect,’ replied Edwin Cone, ‘that the –rosy red– to which you allude, was imparted by a blush, and Isabelle’s cheek wears that tinge at the least compliment or emotion-a tinge that may be considered– celestial,– as it proceeds from delicacy of mind, from sentiment, and is not dependent on jocund health, and never needs the repairs of art.’

‘But then her eyes, Edwin. Do you really admire such black eyes? They seem too spirited to please me. I know the Mahometans celebrate their dark eyed Houris, but I believe Christians usually connect the beautiful skycolor with the idea of angels’ eyes.’

Edwin Cone was very polite. He saw the blue eyes of the fair speaker beam with the expectation of a compliment. Could a gallant man refuse it? With a bow and smile he declared it would be profane to compare angel’s eyes to aught save stars, and those we always set in *blue*; and that the most charming description of woman’s orb of vision he ever saw, was,

*_____She had an eye,
As when the blue sky trembles through a cloud
Of purest white.*

The very next day, Isabelle Carrick learned that Edwin Cone disliked black eyes. But happily her heart was not at all interested in his decision. Had John Ranson made such a declaration, she would probably have felt very wretched.

There is no subject on which the old and young differ in opinion as materially as on the qualities most likely to ensure happiness in the married state. The aged are swayed by interest, the youthful guided by feeling. Perhaps it would be difficult to decide which party are oftenest disappointed. Those matches are undoubtedly the happiest, which have been contracted equally from affection and prudence; but heroines are not very apt to consider prudence necessary. At least, when Isabelle Carrick married John Ranson, in opposition to the wishes of her uncle, she did not consult her *interest*-and that is to be imprudent, is it not? An answer to that question, properly discussed, in all its bearings, would fill a volume. I wish some rationally moral philosopher, who has made that wayward thing, the human heart, his particular study, would write a treatise on the subject.

Mr. Tolbert held true English aristocratic ideas of love and marriage. ‘The faith of true lovers,’ he observed, ‘was of no consequence, except –to adorn a tale.– It was amusing to read of

love in a novel, but to believe in its reality, or that a particular fancy for the person was necessary to make men and women happy in marriage, was as absurd as to credit the stories of dragons and demons, knights and necromancers, exalted characters, and enchanted castles, and all the *materiel* of the romances of chivalry, from which the unreasonable ideas of love had been imbibed. The marriage most likely to ensure happiness to the contracting parties, must be founded, like any other bargain, on mutual interest; some substantial benefit must be conferred on each, by the union; and then, the knowledge that their partnership was indissoluble, would induce them, if they had common sense, to treat each other with complaisance, which was all the felicity that ought to be expected.'

Isabelle Carrick had heard these sentiments of her uncle expressed a thousand times, and illustrated by many anecdotes of contented couples, who married for interest, and wretched pairs, who wedded for fancy; but she did not, it seems, profit much by such wise lessons and lectures. She loved John Ranson, although her uncle charged the said John with being a poor man's son, and, moreover, guilty of being obliged to earn his own livelihood, though he had, by his industry, and application, raised himself to the station of junior partner in a respectable mercantile establishment. Should such a plebeian be preferred before Edwin Cone, whose father, descended from a respectable English family, was possessed of a large fortune, and gave the most splendid dinner parties in the city?

Mr. Tolbert thought it but of small consequence that Edward Cone was a licentious profligate, and' had broken, at least, one engagement to marry. However, he did not command his niece to accept of Edwin; he only said, 'you may make your choice, Isabelle. If you marry Mr. Cone, I will give you ten thousand pounds on the wedding day, and the remainder of my estate at my decease-but should you wed John Ranson, I will never give you a shilling, though you were starving at my gate.'

Isabelle preferred John; and her uncle soon after left America, in high dudgeon, railing at the manners and customs of the people, and declaring that his niece would never have been guilty of such folly, in a country where a proper respect was paid to rank; that the levelling principles of republicanism were subversive of all gentility, and must, while they governed the people, effectually prevent the regulations of good society from being understood and adopted.

'They are all,' said he, 'so perfectly *canaille* in their sentiments, that Isabelle's choice was commended in some of their highest circles, because, forsooth, John Ranson was industrious, enterprising, and clever. I can say as much of my footman.'

Fourteen years passed. Isabelle had counted the lapse of time, only by the recurrence of new blessings and pleasures, and to her life still looked bright; or, if a cloud appeared, it was always spanned with the rainbow. She was still lovely and beloved; the tender, tried, and trusted *friend* of her excellent husband, and the mother of one beautiful boy. What more can earth offer of happiness! But why dwell on the picture?

*'A day of bliss is quickly told,
A thousand would not make us old
As one of sorrow doth.
It is by cares, by woes and tears,
We round the sum of human years.'*

The embargo that preceded the last American war, occasioned the first reverse of fortune. Mr. Ranson struggled manfully to support his credit, for he knew that the weal and wo of those dearer than himself, were involved in his fate. His friends, for a time, buoyed him up; but the struggle between the nations commenced, and then who sympathised much for individual, and pecuniary suffering, while the fate of armies, and the fame of the Republic were at hazard? But Mr. Ranson was soon released from all inquietudes. Journeying from Albany to Boston, the carriage in

which he travelled, was, by the horses taking fright, precipitated down a deep chasm, where he was instantly killed.

Hitherto, Mrs. Ranson, though she had lost, or been abandoned by all her own relations, and had, by injustice and prejudice, been deprived of the fortunes to which she had been apparently destined, yet it could hardly be said she had endured a reverse. Can that be termed a reverse which is not felt as a misfortune? Even her husband's embarrassments had not been realized by her, as he had sedulously labored to prevent his family from suffering privations. But she was now widowed and destitute of property; and the friends of her prosperity were so shocked at her misfortunes, and the consequent change in her appearance and behavior, that they unanimously concluded that she did not wish for society; and they, were too well bred to intrude on her sorrows.

The sufferings of Mrs. Ranson, and the neglect of her city friends, induced her to apply to the relations of her husband, and this finally led to an arrangement, by which she consented to remove, with her child, to a small town in the western part of Massachusetts, and reside with his aged parents.

Mrs. Ranson was now placed in a situation, perhaps the most difficult and trying of any in the world, for one of her character, and education. She was placed in a little tattling country village, where the system of *espionage* was as perfect, and far more harassing, to those unaccustomed to its operations, than it ever was in Paris, when Fouche regulated the police, under the orders of Bonaparte.

It is not in cities, or among the educated and fashionable of a community, that national peculiarities can be well, or truly discovered. We must go into the remote villages, and among the scattered settlements of the interior of New England, if we would discover the effect, either for good, or for evil, which the condition, principles, practices, and institutions of the Puritans, have had on the Yankee character.

It has not all been for good; but our enemies have never discovered the greatest fault. It is not inquisitiveness, or egotism, or selfishness. It is *calculation*, -a close, cold, careful calculation. A Yankee, (I speak of the common minded) calculates his generosity and sympathy, as methodically as his income; and to waste either, on an unprofitable, or undeserving object, would be foolish, if not wicked. He is charitable; but it is from principle, not feeling. Yet he is not deficient in warmth of heart; but *duty*, his *duty* is always paramount to his impulses. This is a good principle-the mischief is, that 'good things spoiled; corrupt to worst.' Thus his rigid performance of duty is made, and often conscientiously, the plea of withholding assistance from the necessitous, for fear of encouraging idleness; of prying into the most secret actions and sacred griefs of the afflicted, before pitying their sorrows, lest they should be deserved or self-incurred.

Then the Yankee, in his calculations, generally makes his own situation, conduct, and principles, the model for others. Accustomed to labor himself, he calculates that every person ought to be as constantly employed; and compelled by his narrow income to practice rigid prudence; he deems a more liberal expenditure, wasteful profusion.

It was among such a scrupulously calculating people, that Mrs. Ranson was fated to dwell; and she fixed the attention of the whole community. Her appearance, dress, conversation, manners, and principles, were all ill turn, scrutinized; even her thoughts and feelings were guessed at, and her plans and future prospects, made the frequent subject of that kind of commiseration, which seems to proceed from a hope that the evils thus conjured up, like Banquo's shadowy kings, to frown in review, will be fully realized.

'O la!' said Mrs. Pratt, as she took her seat, at the table of her neighbour Dustin, where she regularly drank her tea every week. 'O la! I declare I never was so shocked in my life. Mrs. Cutter heard her say so.'

‘Who? what?’ inquired Mr. Dustin.

‘Gracious! Mr. Dustin, have you not heard it?’ said Mrs. Pratt. ‘Well, I declare, I never meant to mention the thing; I would not have it get about among the people for all the world, for I really believe the woman does as well as she knows how. Only think! she could not be brought up like a Christian, away there in the West Indies. We must have charity for such folks.’

‘Oh, you are talking of Mrs. Ranson, I see,’ said Mr. Dustin.

‘Yes, I have just been telling your wife; but pray never mention it,-or if *you* do, never say I told you,-that Mrs. Ranson says she thinks our meetings are very, dull, and she had rather read prayers at home, than hear our minister preach. And then she always wants a parade for dinner, because they used to have great dinners in the city. I wonder if she thinks that is the way to keep the Sabbath day holy.’

‘Does she do anything, I wonder?’ said Mrs. Dustin.

‘No, indeed, not she,’ replied Mrs. Pratt. ‘Why, she has her black woman, to wait upon her; and there’s her child, brought up in idleness; that great boy, nearly fifteen, who wears his ruffles every day, and they say, never did a day work in his life.’

‘I wonder how she thinks they are to be maintained,’ said Mr. Dustin. ‘Old Mr. Ranson has but little property, and his wife is very unwell. They cannot support such an idle, expensive family.’

‘Oh, she doesn’t think about it,’ replied Mrs. Pratt.’

Such grand folks never seem to think about expenses. They have never calculated how to get a living. But I fear she will have to put out her boy, and work herself; before she dies.’

‘I suppose she expects people will assist her,’ said Mrs. Dustin. ‘And the widow and fatherless should always be remembered.’

‘I suppose she does; but I am afraid the poor woman will be disappointed,’ said Mrs. Pratt. ‘People that work as hard as we do, cannot feel it our duty to support a family in idleness. She ought to put out that great boy, and have him taught to work, and then he might help maintain her.’

‘They say she married against her uncle’s consent,’ said Mrs. Dustin. ‘It is no wonder she does not prosper. She might have had all his estate, if she had only tried to please him.’

‘She looks to me like a woman who is very set in her own way, and very haughty,’ said Mrs. Pratt. ‘I called to see her the day after she arrived, for I thought it my duty to visit the unfortunate, and the stranger, and I meant to like her, if I could, for I really pitied her; but she took no notice of me, and hardly spoke while I was there. I cannot waste my time to visit such proud folks.’

Mrs. Ranson had a kind and generous disposition, but she was very sensitive, and her refined and delicate mind, though bowed with affliction, was not, in the least, divested of those feelings of independence, and superiority, which persons always accustomed to affluence, and to the humble attendance of slaves, must necessarily imbibe. She was shocked at the grossness of the villagers, and irritated at what she thought their unfeeling interference in her private concerns; but, especially, the idea that her son ought to be confined to labor, was an indignity, an outrage, on all propriety, that she never could pardon.

The two parties were soon completely at variance, and the villagers, by dint of clamors, if not reasons were, as is usual, victorious. They convinced old Mr. Ranson, that his grandson John would certainly be ruined, if he was not taught to work. But the lad was as tenacious of his patrician privileges as his mother, and rather than don the every-day clothes of a plough boy, he besought her to allow him to enlist as a soldier.

He was nearly fifteen, and tall of his age, and soldiers were, at that time, so much needed, that officers could not be very particular in the qualifications of recruits. It was a trying scene for

Mrs. Ranson; but finally, the pride and prejudices of the woman prevailed over the tenderness and apprehensions of the mother. She knew her son would be more exposed to danger with the musket; but then he would escape the contamination of the spade. The field of glory, or the corn field! Could one of her education and feelings prefer the latter? She would let him go and serve his country, and leave his fate with that Power who watches the orphan. She could humble herself before God; and intercede for her child, but she could not endure to see him degraded before men, as in her estimation he would be, if he labored.

The lad departed, and but a few weeks elapsed before a stranger came to the village and inquired for Mrs. Ranson. He was a messenger from the executors of her uncle Tolbert. That gentleman had on his death bed, bequeathed his immense property to the son of Mrs. Ranson; but still wishing to manifest some displeasure against his niece, he ordained that if the boy died before he attained the age of eighteen, the estate should all go to a distant relative in England. After that period, should he die without heirs, the personal property, which was very considerable, was to be, his mother's. The messenger hastened with all possible speed to Buffalo, where the troops, in which young John Ranson served, were stationed; but before he arrived, the battle of Chippewa had been fought, and the brave boy, who signalized himself more than once during the action, was numbered with the dead!

Who shall picture the mother's grief! It excited for a short time, the concern and consternation of the villagers! They knew it was their clamors which induced Mrs. Ranson to send her son from her-they felt condemned; yet still, most of them pertinaciously maintained that notwithstanding the wealth which the boy would have inherited had he lived, it would nevertheless have been an excellent thing for him, had he learned to work.

It is painful to dwell on the sorrows of the desolate hearted, but it is more painful still to witness the cold, unfeeling manner with which those sorrows are oftentimes treated by the ignorant and prejudiced. The regret of the villagers was of short continuance. Mrs. Pratt began her round of visiting, and by the time she had drank tea with all the principal families in the neighbourhood, which was about three weeks, she had convinced them that Mrs. Ranson was not at all to be pitied; that her troubles were but a just chastisement for her pride and obstinacy; and that it was doubtless a mercy that her son was taken away, as she would now have no earthly dependence, and would probably soon be brought to a proper sense of her follies, and then she would see that everything had been ordered for the best.

But there was one benevolent family in the village. One man and woman who pitied and assisted Mrs. Ranson, without censuring her. There were doubtless others of similar generosity; but these persons were the only ones she would acknowledge as benefactors. That inflexible perseverance in a favorite point when persuaded that duty sanctions the course pursued, which is so characteristic of the Yankees, and which Mrs. Ranson thought so inhuman while employed to convince her that her son ought to work, she found, when displayed in her service, was equally zealous. Mr. Lawrence was a merchant, but he did not square his humanity by the rule of 'loss and gain.' He learned from the tenor of Mrs. Ranson's father's will, that, as a widow, she was entitled to an hundred pounds per annum, and he never ceased his inquiries, and exertions, till he had succeeded in establishing her claim, and providing for the regular payment of her annuity. He delivered into her hands the documents, and told her the only reward for his trouble which he desired was to see her restored to tranquillity. But though she did justice to the nobleness and humanity of Mr. Lawrence, and loved his wife like a sister, she could not be persuaded, to return to society. The fate of her husband and son, but especially the latter, preyed on her heart, and almost overwhelmed her reason. She felt that she had yielded to her own prejudices when she consented he should go to the battle. Self-accusation made her wretched. She blamed the people, it is true, but that did not atone or justify her own error. Had there been a convent in the country, she would undoubtedly have devoted herself to the penance of a monastic life. She finally had a small house prepared as near as possible to the spot where her husband perished; and there, accompanied only

by her faithful negro woman who had attended her from infancy, she resided in 1820. Pale and wasted, but still beautiful, she seemed, as she was described by the traveller, arrayed in her mourning habiliments, wandering among the lonely hills, or seated on the overhanging cliffs, like a spirit sent to warn him of some danger in the path before him. She was the victim of prejudices. But let it be remembered, that though we may be excessively annoyed by the prejudices of others, we shall never be quite wretched if we do not yield ourselves to the guidance of our own.